

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

**PARA ASEGURAR
TU SALVACIÓN**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA**

ISBN 84-7770-491-0
Depósito Legal ZA 53, 2000
Imprime Ediciones Monte Casino
Ctra. Fuentesaúco Km 2
Tel. 980 53 16 07
49080 ZAMORA, 2000

PRÓLOGO

Este libro es continuación del otro de San Ligorio, titulado Preparación para la vida eterna. Ambos fueron publicados por el Santo Doctor con el título de Sermones Abreviados. En el libro anterior trata los temas más importantes para mover al pecador a la conversión, y ahora en éste nos habla de otros temas más conformes con el alma en gracia, que debe luchar y trabajar para asegurar su salvación perseverando en la práctica de la virtud.

La vida humana es una lucha constante, por lo que, mientras vivimos en este mundo no podemos descansar, pues la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gal.5,17), por lo cual hay que estar en lucha constante, huyendo de las ocasiones peligrosas y acogiéndonos a todos los medios que Dios nos ha dado para poder conseguir la victoria y triunfar de nosotros mismos.

Los principales medios que señala San Ligorio son: el primero es el de huir de las tentaciones peligrosas, el segundo es la oración diaria y perseverante, sobre todo en los momentos de tenta-

ción, el tercero es profesar una devoción sincera y muy tierna a la Santísima Virgen, rezándole todos los días el Santo Rosario con gran esmero y devoción, y acudiendo a Ella invocándola con confianza siempre que nos hallemos en peligro de pecar.

La Misa diaria y el recibir a Jesús cada día en la Sagrada Comunión, para aprovechar los minutos que Jesús permanece con nosotros después de la comunión, para hacer fervorosos actos de fe, de esperanza y caridad, y sobre todo, para pedirle ayuda para poder hacer en todo momento su voluntad, es algo importantísimo, y son unos minutos preciosísimos que no podemos desperdiciar para unirnos a Jesús y conseguir su ayuda para hacer siempre su voluntad.

El alma que, mediante la oración, llega a conocer mucho a Jesús y se enamora de Él, pierde el miedo a condenarse y ya no se preocupa tanto de lo que a ella le conviene como de complacer a Jesús y hacer todo cuando estuviere en sus manos por dar gusto y conseguir todo lo que entiende que quiere y desea su enamorado Jesús.

El que hace todo lo que entiende que quiere y desea Jesús, y sólo porque Él lo quiere, se gozará en el sufrimiento, pensando que solamente sufriendo puede corresponder adecuadamente al

amor de Aquel que voluntariamente quiso sufrir por nosotros muriendo colgado de una cruz. Olvidate de ti, piensa en Jesús y trata de complacerle esforzándote todo lo que puedas para hacer su voluntad, y no deseando otro bien mas que el cumplimiento de lo que Él quiere, sabiendo que Él no quiere más que nuestro bien, y que su amor por nosotros es mucho mayor del que nosotros nos tenemos, y además, sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene.

Por eso en la oración nunca debemos pedir a Dios cosas concretas para nosotros, sino que, genéricamente, decirle: "Señor, haz conmigo lo que quieras, concédeme que Yo haga lo que tú quieras, y eso me basta". De esta forma, si tú te esfuerzas en hacer lo que Él quiere, podrás tener la seguridad de que te concederá no lo que tú quieras, sino aquello que Él sabe que es lo que más te conviene. Que Él nos lo conceda. Amén.

1. El pecado de recaída es desastroso

La segunda caída es más profunda que la primera. Mira, has sido curado; no peques ya más, no sea que te acaezca algo peor. Estas palabras de Jesús al paralítico se repiten hoy día que te has confesado: “En el tribunal de la penitencia encontraste la curación; tu alma ya está sana, pero aun no está salva, porque, si vuelves a pecar, la volverás a perder, y el daño de la recaída será mucho peor que el de las anteriores caídas”. ¿Lo oyes?, pregunta San Bernardo: recaer es peor que caer

2º En las recaídas se debilita de tal modo el pecador, que llega a ser juguete del demonio. –Quien padece una enfermedad mortal y cura de ella, si vuelve a recaer pierde de tal modo las fuerzas naturales, que le será imposible la curación. Esto es lo que acontece a los recidivos, que con sus vueltas al vomito quedan tan exhaustos de fuerzas, que llegan a ser juguete del demonio. Dice San Anselmo que el enemigo domina de tal modo a estos desgraciados, que los hace caer y tornar a caer según le place, bien así como el muchacho se entretiene en soltar el hilo del pájaro y luego lo recoge para atraerlo. “También los

recidivos, nota el santo doctor, están en manos del diablo, y en vano intentarán volar, porque no tardará el demonio en precipitarlos en el abismo de los mismos vicios”.

2. Teman todos el pecado de recaída

1º. *Primer motivo: nuestra debilidad. Nada podemos sin oración ni vigilancia.*— Dice San Pablo que tenemos que combatir no sólo contra hombres de carne y sangre como nosotros, sino contra los principes del infierno: *No es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas* (Ef 6,12), queriendo con esto darnos a entender que no tenemos fuerza para resistir al poderío infernal, sino que necesitamos absolutamente la ayuda divina, pues de otro modo quedaríamos siempre vencidos. Por el contrario, si Dios viene en nuestra ayuda, lo podremos todo y saldremos vencedores: *Para todo siento fuerzas en aquel, que me conforta* (Fil 4,13). Dios, empero, no concede este auxilio más que al que se lo pide por medio de la oración: *Pedid, y se os dará; buscad y hallad*.

réis, llamad, y se os abrirá (Mt 7,7). Quien no lo pide no lo alcanza. No nos fiemos de nuestras buenas resoluciones, que sería tanto como perdernos; siempre que nos veamos en peligro de recaer pongamos toda nuestra confianza en el auxilio divino, que el cielo otorga siempre a quien lo pide. *Quien piense estar en pie, mire no caiga* (1Cor 10,12). Quien se halle en gracia de Dios, como dice San Pablo, ha de estar vigilante para no caer en pecado, y en especial si antes ha caído en pecados mortales, porque la recaída de quien fue antes pecador lleva consigo mayor ruina: *Resultan las postrimerías de aquel hombre peor que los principios* (Lc 11,26).

2º Segundo motivo: *violencia del demonio contra las almas en gracia y estado desgraciado en que las hunde.*— Leemos en la Sagrada Escritura que el enemigo *ofrece sacrificios a su esparavel y quema incienso a su barredera; porque gracias a ellos su porción es pingüe y su comida succulenta* (Hab 1,16). San Jerónimo lo explica así: “El demonio trata de coger a todos los hombres en su esparavel para condenación de todos ellos y que todos sean víctimas de la justicia divina; y en primer lugar a los pecadores; como ya los tiene en sus redes, procura reforzarlas de continuo haciéndoles cometer nuevos pecados;

pero su comida suculenta son los elegidos, a quienes tiende lazos más fuertes para esclavizarlos y hacerles perder todo el mérito que conquistaron. “Cuanto más trata uno de servir a Dios, dice Dionisio Cartujano, tanta más violencia despliega el adversario”, intentando entrar en su alma, de la que se halla arrojado y piensa, como se lee en San Mateo: *Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda vagando por sequedades, buscando reposo, y no le halla. Entonces dice: Me volveré a mi casa de donde salí* (Mt 12,43-44). Y si consigue entrar, no entra solo, sino que lleva consigo otros demonios para afianzarse mejor en el alma así reconquistada, haciéndose de tal modo la segunda ruina mucho peor que la primera: *Vase entonces y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, se establece allí, y resultan las postrimerías de aquel hombre peores que los principios* (Lc 11,26).

3. El recidivo corre peligro de no volver a levantarse

1º El pecador se expone con tan grave pecado a los golpes de la venganza divina.– ¡Qué pena

constituye para el corazón de Dios la recaída de una de esas almas a quienes acaba de llamar y perdonar con tanto amor, y que, ingratas y olvidadas de las misericordias de que fueron objeto, se atreven a traicionar nuevamente a Dios tan bueno y hollar bajo los pies la divina gracia! *Si afrentado me hubiera un enemigo, yo lo soportaría... Mas fuiste tú, el compañero mío, mi amigo y confidente, con quien en dulce intimidad me unía, con quien me paseaba en la casa de Dios entre el gentío* (Sal 54,13-15). Sí, dice Dios, si la ofensa me hubiera venido de algún enemigo, menos sufriría mi corazón; pero quien se rebela contra mí eres tú, y luego de haberte restituido mi amistad; tú, a quien sentaba a mi mesa para alimentarte con mi propia carne. ¡Qué indignación siento y cómo habré de castigarte! ¡Desgraciado de aquel que, después de haber disfrutado de la amistad de Dios y recibido sus más señalados favores, se declara su enemigo por el pecado mortal! El desdichado verá bien pronto volverse contra él la venganza divina, que la Sagrada Escritura nos muestra como *espada de dos filos*.

2º Se debilita hasta el punto de serle imposible resistir a la tentación sin una gracia especial del Señor.— Y dirá alguien: “Si recaigo, me levantaré, pues estoy con el ánimo de confesarme presto”.

Quien así hablara puede correr la suerte de Sansón. Sabido es cómo fue engañado por Dalila, la cual aprovechó el sueño para cortarle los cabellos, en que tenía la fuerza; por eso, al despertarse hubo de exclamar: *¡Saldré como otras veces y me desembarazaré!*; mas él no sabía (añade la Escritura) que Yahveh *habíase retirado de él*. Pensaba poder librarse de las manos de los filisteos, como lo había hecho antes; pero, faltándole las fuerzas, quedó esclavo de ellos, que le sacaron los ojos, cargáronlo de cadenas y lo llevaron preso. El pecador que recae en el pecado pierde también la fuerza para resistir a las tentaciones, porque *Dios se retira de él* y lo abandona, privándolo de su auxilio eficaz, necesario para resistir y así queda el miserable ciego y abandonado en su pecado.

Nadie que puso su mano en el arado y mira hacia atrás es a propósito para el reino de Dios (Lc 9,62). He aquí descrito el pecador que recae. Nótese que dice *nadie*; nadie, dice Jesucristo, de los que entran en mi servicio y luego me abandonan, nadie de éstos puede entrar en el cielo. Cometer un nuevo pecado después de haber ya cometido otro, equivale a añadir una herida a otra, como dice Orígenes. Si alguno recibe una herida en el brazo, es imposible que el brazo

conserva su vigor primitivo; y si a una herida se añade otra, ya no quedan fuerzas ni movimiento y ni siquiera esperanza de curación. Este es el gran mal que causa la recaída en el pecado: debilitar el alma hasta el punto de hacerla impotente para luchar contra las tentaciones. En efecto, según Santo Tomás, perdonada la falta, queda siempre la herida abierta por la culpa antecedente, añadiéndose a la antigua herida la nueva, de modo que el alma se debilita de tal forma que sin una gracia especial y extraordinaria de Dios le es imposible vencer las tentaciones.

3º *En vano cuenta con esta gracia, que ni Dios le ha prometido y de que se ha hecho indigno.*— Temamos, pues, hermanos míos, la recaída en pecado y no nos sirvamos de la misericordia divina para continuar ofendiendo a Dios. “El que prometió el perdón a quien se arrepiente, no prometió la gracia de la penitencia”, dice San Agustín. Sí, Dios promete el perdón al que se arrepiente de sus pecados, pero a nadie ha prometido la gracia necesaria para arrepentirse del pecado cometido. La contrición es puro don de Dios. Si os lo rehúsa, ¿cómo os arrepentiréis? Y si no os arrepentís, ¿cómo alcanzaréis el perdón? No lo olvidéis: *De Dios nadie se burla.* “Quien detesta el pecado y lo vuelve a cometer al punto,

dice San Isidoro, más que penitente es un burlón. Razón tenía, por otra parte, Tertuliano para decir que la falta de corrección demuestra la falta de arrepentimiento: “Donde no hay enmienda no hay penitencia”.

PERORACIÓN: I. *Convertíos sinceramente y seréis fuertes contra la recaída*.— San Pedro solía predicar: *Convertíos para que sean borrados vuestros pecados* (Hech 3,19). Muchos se arrepienten, pero no se convierten. Tienen cierto pesar de su vida culpable, pero no vuelven verdaderamente a Dios; se confiesan, golpean el pecho, prometen la enmienda, pero no conciben firme resolución de cambiar de vida. Quien se resuelve firmemente a cambiar de vida, persevera, o al menos se mantiene largo tiempo en gracia de Dios; pero quienes luego de confesarse retornan al instante a caer, patentizan, como dice San Pedro, que, si están arrepentidos, no están convertidos, tanto que acabarán por morir infelizmente. De aquí aquella expresión de San Gregorio: “Los pecadores y los justos son muchas veces, aun cuando en vano, inclinados a la justicia o a la culpa”. Es decir, que así como los justos muchas veces siéntense inclinados al mal, sin que, sin embargo, pequen por tener la volun-

tad horror al mal, así los pecadores experimentan cierta inclinación al bien, que no basta para obrar en ellos verdadera conversión. El Sabio nos advierte que para alcanzar la gracia y misericordia divinas no basta confesar los pecados, sino que se requiere que luego de confesarlos se aparte uno de ellos: *Quien encubre sus pecados no prospera, mas el que los reconoce y los abandona alcanza misericordia.* Por lo tanto, quien no deja el pecado luego de confesarlo; sino que retorna a pecar, no conseguirá la divina misericordia y morirá víctima de la justicia divina, como acaeció a cierto joven inglés. Era un recidivo en el vicio deshonesto, que se confesaba y volvía a pecar, y murió, al parecer con señales de salvación. Con todo, un santo sacerdote se preparaba para celebrar la misa en sufragio del desgraciado joven, cuando se le apareció éste diciéndole que se había condenado; díjole, además, que en la hora de la muerte se vio tentado de un mal pensamiento, en que consintió, como en lo pasado, condenándose a continuación.

2º *Esfuércense los recidivos por levantarse definitivamente.*— ¿No habrá, pues, medio de que los recidivos se salven? ¡Lejos de mí tal aserto! Pero, hablando el lenguaje de la medicina, afirmo: “A grandes enfermedades, grandes reme-

dios"; o en otros términos: "A grandes males, grandes remedios". Si el recidivo quiere salvarse, tiene que esforzarse enérgicamente para ponerse en vías de salvación: *El reino de los cielos padece fuerza, y hombres esforzados lo arrebatan* (Mt 11,12). Luego, y sobre todo, en el comienzo de su nueva vida, tiene el recidivo que hacerse decidida violencia para extirpar los malos hábitos contraídos y adquirir los buenos, que no bien adquiridos, le será fácil y hasta suave la observancia de los mandamientos de Dios. El Señor dijo a Santa Brígida que los que sufren valientemente las primeras punzadas de las espinas en los ataques de las tentaciones, en la huida de las ocasiones de pecar, en el romper con las compañías peligrosas, verán convertidas esas espinas en otras tantas flores.

3º Vivan vida cristiana. Medios para ello.— Pero, para ser prácticos, es decir, para vivir vida cristiana, hay que adoptar los medios siguientes, pues, de no hacerlo, nada se conseguiría:

1. Al levantarse háganse los actos cristianos de agradecimiento, de amor a Dios y de ofrenda de las obras del día, renovando el propósito de no volver a ofender al Señor y pidiendo a Jesucristo y a su Santísima Madre que nos preserven

en ese día de todo pecado. Hágase luego la meditación y asístase a misa.

2. Hágase durante el día la lectura espiritual y la visita al Santísimo Sacramento.

3. Récese por la tarde el rosario y hágase examen de conciencia.

4. Comúlguese por lo menos una vez a la semana, o más a menudo, según el parecer del confesor, que hay que seguir fielmente.

5. Váyase todos los años a una casa religiosa para practicar los ejercicios espirituales, cosa, por cierto, excelentísima.

6. No se deje pasar día alguno sin honrar a la Santísima Virgen con alguna devoción particular, añadiendo el ayuno del sábado. María se llama Madre de la perseverancia y la ha prometido a sus servidores.

Esta gracia de la perseverancia hay que pedirla a Dios y a la Santísima Virgen, sobre todo, por la mañana, particularmente en tiempo de tentaciones, invocando para ello los nombres de Jesús y de María mientras durare la tentación ¡Dichoso quien no deje de obrar de esta suerte! Sí, ¡dichoso el siervo aquel a quien su señor, a su vuelta, hallare obrando así (Mt 26,46).

4. Grandes peligros a que está expuesta nuestra salvación eterna

INTRODUCCIÓN: *Sobre el encarnizamiento de nuestros enemigos.*— Nuestra vida, al decir de San León, está plagada de peligros, de lazos y de enemigos.

I. LA CONCUPISCENCIA, QUE NOS ARRASTRA AL MAL.— El primer enemigo de la salvación que tiene cada cual es uno mismo: *Cada cual es tentado al ser arrastrado y encebado por la proia concupiscencia* (Sant 1,14). Pero, además de las inclinaciones perversas que llevamos en nosotros mismos, y que nos inclinan al mal, ¡cuántos son los enemigos externos que nos combaten!

II. EL DEMONIO, ENEMIGO TEMIBLE POR SU VIOLENCIA Y EMBOSCADAS.— Demonios hay con quienes la lucha es más terrible, porque su poderío excede con mucho el nuestro; “¡Lucha formidable, exclama Casiodoro, porque Satanás es mucho más fuerte que nosotros!”. Por esto San Pablo, antes de que se produzca el choque, quiere que nos armemos con el auxilio divino: *Revestíos de la armadura de Dios para que podáis sosteneros ante las asechanzas del diablo.*

Que no es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas, etc. (Ef 6,11). El demonio, añade S. Pedro, es un león que anda dando vueltas en torno rugiendo de rabia por el hambre que tiene de devorar nuestras almas: *El diablo, como león rugiente, anda en torno buscando a quien devorar* (1 Ped 5,8). Escribe San Cipriano que el enemigo va siempre rodeándonos para esclavizarnos, y, bien así como el enemigo que asalta la plaza, estudia las fortificaciones para descubrir el punto flaco que le dé acceso al interior de la plaza.

III. LOS HOMBRES, QUE NOS HACEN GUERRA ENCARNIZADA Y VARIADA.– A los demonios hay que añadir los hombres, con quienes tenemos que vivir: Persecuciones, traiciones, engaños, malos consejos, adulaciones, todo lo han de poner por obra para nuestra perdición. “Hasta en el seno de la Iglesia, decía San Agustín, y en todas las profesiones se encuentran hipócritas y seductores”. Si una fortaleza asediada por el enemigo no tuviera para defensa propia en el interior más que soldados en rebeldía, ¿quien no la da ya por perdida? He aquí lo

que nos acontece mientras vivimos en este mundo.

5. Medios con que debemos conjurar tales peligros

I. EL RECURSO A DIOS POR MEDIO DE LA ORACIÓN.— ¿Quién nos podrá librar de tantos y tales enemigos? Sólo Dios: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano el centinela estará alerta* ¿Con qué medios contar para conjurar tales peligros?

1º *Dios quiere que en todos los peligros recurramos a Él.*— Hagamos lo que hicieron los Apóstoles: recurramos al Maestro, exclamando: *¡Señor, socorro!, nos perdimos* (Mt 8,25).

En lo bravío de la tormenta no deja el marino de mirar a la estrella cuya claridad le habrá de guiar al puerto. De igual manera en esta vida hemos siempre de tener fijos los ojos en Dios, que es quien tan sólo nos ha de librar de tales peligros. Así lo hacía David cuando se veía asaltado de los peligros de pecado: *Levanto hacia los montes mis ojos: ¿de dónde me vendrá mi socorro?* (Sal 120,1).

El Señor quiere en su providencia que, mientras estemos en la tierra, vivamos en continua

tempestad y nos veamos asaltados de enemigos para que continuamente nos tengamos que encomendar a Él, que es el único que nos puede salvar mediante su gracia. Las tentaciones del demonio y las persecuciones de los hombres y todas las adversidades que nos aquejan no son mal para nosotros, sino que se pueden trocar en bien: con tal de que sepamos valernos de ellas como Dios quiere, cuando por nuestro bien nos las manda y permite. Tales adversidades nos desprenden de los afectos terrenos y nos hacen aborrecer el mundo, pues no hallamos más que amarguras y espinas en los mismos honores y riquezas y hasta en sus delicias y diversiones. Todo lo consiente el Señor para que nos desprendamos de los bienes caducos, en que se hallan tantos peligros de perdición, y para que nos esforcemos en unirnos a Él, bien supremo, que es nuestro único contentamiento.

2º. Que no nos fiemos tan sólo de los remedios humanos.— Nuestro error y engaño está en que, cuando nos vemos trabajados por las enfermedades, pobreza, persecuciones y demás géneros de pruebas, en vez de recurrir a Dios, recurrimos a los hombres y colocamos nuestra esperanza en estos auxilios humanos: obrando así

atraemos sobre nosotros las maldiciones de Dios, que dice: *Maldito el hombre que confía en el hombre* (Jr 17,5). Ciento que Dios no nos prohíbe en nuestras penas y dificultades emplear los remedios humanos, sino que su maldición cae tan sólo sobre aquellos que cifran toda su confianza en los remedios humanos.

3º. Que el temor de perdernos nos haga emplear los medios de salvarnos.— Mientras vivimos en la tierra debemos procurar nuestra eterna salvación, como dice el Apóstol, *con temor y temblor* (Fil 2,12). En cierta ocasión sobrevino una tempestad marina tan recia, que hasta el propio capitán no se podía sustraer al temblor. Una bestia pastaba tranquilamente como si nada pasase. Preguntado el capitán el porqué de tanto temor, respondió: “si tuviera el alma como la de esa bestia, tampoco yo temería; pero tengo un alma racional e inmortal y, una vez muerto, tendré que comparecer ante el tribunal de Dios; por esto temo a la muerte”. Temamos también nosotros, queridísimos míos, pues se trata del alma y de la eternidad. Quien no teme, como dice San Pablo, está en gran peligro de condenarse, porque al no temer se encomendará poco a Dios y se perderá fácilmente por eso y por no adoptar los medios de salvación. “No lo olvide-

mos, advierte San Cipriano, aún estamos en el campo del combate y luchamos por la salvación eterna”.

El primer medio que debemos adoptar para salvarnos es el encomendarnos continuamente a Dios para que nos tienda su mano y no le offendamos.

II. UNA CONFESIÓN GENERAL. HAY QUE LIBRAR EL ALMA DE SUS PECADOS.— El segundo medio consiste en quitar del alma todos los pecados con la confesión general. La confesión general es gran remedio para obrar radical cambio de vida. Cuando la tempestad es grande, se echa lastre al agua aun a costa del propio moblaje, con objeto de salvar la propia vida. ¡Locura grande de los pecadores! Expuestos a encontrarse aquí, a vuelta de miles de peligros, su perdición eterna, en vez de aligerar su nave, es decir, en vez de descargar el alma del peso de sus pecados, se diría que se empeñan en sobrecargarla cada vez más. En vez de huir de las ocasiones peligrosas, se atreven hasta afrontarlas alegremente. En vez de pedir perdón de sus pecados a la misericordia divina, la ofenden cada vez más, obligándola así a abandonarlos.

III. LA LUCHA CONTRA LAS PASIONES:

1º. *Necesidad de esta lucha.*— Otro medio es el de cuidarse muy mucho de no dejarse dominar por las pasiones desarregladas. *Al alma desvergonzada no me entregues* (Ecli 23,6). Señor, pedía el Eclesiástico, no me des un alma cegada por cualquier pasión. El ciego ya no ve lo que hace, por lo que es capaz de hacer toda clase de mal. He aquí por qué se pierden tantos hombres: por dejar que cualquier pasión los domine.

2º. *Pasiones de riquezas, de placeres y de cólera.*— Dominará en unos la pasión de las riquezas. Personaje hubo que exclamó cierto día: “¡Ay de mí, que me siento dominado por el amor a las riquezas!”. Así hablaba este desgraciado, pero sin preocuparse de poner remedio a su mal. Esta pasión, a la que no supo resistir desde un principio, fue creciendo en él de día en día hasta que llegó a morir, dejando poca esperanza de salvación a su familia. En otros se dará la pasión de los placeres, y como los placeres lícitos no acaban por satisfacer, de aquí que se vaya, finalmente, tras los ilícitos. Otros se dejarán dominar por la pasión de la cólera y, como no apagan la chisilla desde el principio, se propaga el fuego y

acaba por dominar el corazón el espíritu de venganza.

3º. Obligación de frenar las malas pasiones desde el principio.— Hay que refrenar desde un principio las malas inclinaciones, so pena de verlas levantarse contra nosotros como nuestros mayores enemigos. “Las pasiones, he aquí decía San Ambrosio, los enemigos que más hemos de temer, he aquí los más formidables tiranos. ¡Cuántos cristianos, vencedores en las públicas persecuciones, sucumbieron en lucha obscura contra las pasiones!”. Ejemplo lamentable de lo que venimos diciendo es Orígenes, que vivió vida edificantísima. ¡Cuántas veces, en defensa de nuestra santa fe afrontó hasta el martirio! Con todo, se dejó dominar por el respeto humano y cayó en la herejía, como cuenta Natal Alejandro. Otro ejemplo no menos deplorable nos lo proporciona Salomón, que había recibido de Dios los más insignes favores; inspirado por Dios, escribió algunos libros sapienciales, y, finalmente, cediendo a la pasión hacia mujeres idólatras, no se avergonzó de ofrecer incienso a los falsos dioses. Símbolo de estos desgraciados esclavos de sus malas pasiones son aquellos bueyes sobrecargados de trabajo durante su vida, que al fin terminan en el matadero; así a ellos les

acontece que, después de una vida arrastrada gimiendo bajo el peso de sus culpas, terminan con la caída en los infiernos.

PERORACIÓN: 1º. Huir de cuanto alimente y excite la pasión.— Concluyamos el sermón. Cuando en la tempestad se enfurece el vendaval, abáttense las velas y arrójase al fondo el áncora. Del mismo modo, cuando nos veamos asaltados por cualquier pasión, abatamos las velas, es decir, huyamos de todo lo que pudiera hacerla crecer; echemos luego el áncora, es decir, apoyémonos en Dios y pidámosle fuerza para resistir y no ofenderle.

2º. Abandonar el mundo o desprenderse de él.— Pero habrá tal vez quien pregunte qué es lo que debe hacer si se halla en medio del mundo y expuesto, contra su voluntad, al insulto de las pasiones. Orígenes le responde: “En medio de las tinieblas del mundo y en la ceguera producida por las preocupaciones temporales no se puede servir a Dios. ¿No? Pues salgamos de Egipto, abandonemos el mundo, si no con el cuerpo, al menos con el espíritu”. Dado, pues, que sea difícil servir a Dios fielmente en medio de las tinieblas y negocios mundanales, quien quiera asegurar la salvación eterna debe abandonar el mun-

do y refugiarse en alguna orden religiosa observante; allí, como en seguro puerto, nada habrá que temer del mundo. Pero si en realidad no es posible abandonar el mundo, al menos desprén-dase el corazón de las cosas terrenas y no se deje uno arrastrar por las malas pasiones, como acon-seja el Espíritu Santo: *No vayas tras tus concu-piscencias y refrena tus antojos* (Ecli 18,30), y *cuando veas que tu voluntad te induce al mal, vio-léntate; para no sucumbir.*

3º. Aprovechar este ejemplo breve para pre-párase a la muerte.– El tiempo es limitado. Por lo demás, que aun los que tienen mujeres se hayan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se gozan, como si no gozasen... Porque pasa la configuración de este mun-do (1 Cor 7,29). En suma, el tiempo de la vida es breve, por lo que es necesario que lo aproveche-mos para prepararnos a morir penetrados del pensamiento de que todo lo de este mundo acaba. Por esto dice el Apóstol que los que en la tierra lloran, como si no llorasen, porque pasan todas las miserias de la vida, y los que se salvan serán felices por toda la eternidad; y los que se gozan, como si no se gozasesen, porque día vendrá en que habrá que dejarlo todo, y quien se conde-na sera desgraciado por toda la eternidad.

6. Cuánto importa hollar bajo las plantas el respeto humano

I. MOTIVO PRIMERO: LA PERVERSIDAD DEL MUNDO: 1º. *El mundo está lleno de escándalos.— ¡Ay del mundo a causa de los escándalos!* (Mt 18,7). Dice Jesucristo que muchos se condenan a causa de los escándalos de los malvados. Pero ¿cómo es posible hallarse en medio del mundo y evitar el encuentro con algún escándalo? No, esto no es posible, y el que no quiera encontrar escándalo alguno salga del mundo, como dice San Pablo: *Entonces os veríais forzados a salir de este mundo* (Mt 18,7). Pero lo que sí es posible es el evitar la familiaridad con los escandalosos, porque, si trabamos amistad con ellos, no nos substraeremos a la influencia de sus malos consejos: *Con ese tal* (con el escandaloso), *ni comer*, no sea que por respeto humano llegáramos a obrar como ellos y perdiéramos la amistad de Dios.

2º. *Se gloria de sus iniquidades y persigue a los fieles con sus burlas—.* Los mundanos se glorían de sus iniquidades y, como dice la Sabiduría, *se alegran haciendo el mal.* Y lo que aun es peor, quieren formar adeptos y persiguen con sus bur-

las a los que quieren vivir como buenos cristianos y se alejan de los peligros de ofender a Dios. Este es pecado que desagrada particularmente a Dios y lo prohíbe taxativamente: *No afrentes al hombre que se convierte del pecado* (Ecli 8,5). No desprecies al que se quiere alejar del pecado ni trates de incitarlo a malas artes por medio de tus críticas y burlas, porque, a quienes ridiculizan a las gentes de bien, el Señor les amenaza con castigos para esta y para la otra vida. *Prestas están para los escarnecedores las vergas, y los golpes para las espaldas de los necios* (Pv 19,29). Búrlanse ahora de los siervos de Dios, pero en el infierno tendrán que padecer las burlas del mismo Dios por toda la eternidad: *El Señor se reirá de ellos; y pararán tras esto en cadáver sin honra y en ludibrio entre muertos por siempre jamás* (Sab 4,18-19).

3º. Hace muchas víctimas inspirando el temor de obrar el bien y de evitar el mal.— Y a la verdad, ¿puede darse mayor perfidia que la de quienes, no contentos con ofender a Dios, quieren que también los demás le ofendan? De ordinario logran su execrable intento, porque muchas son las almas flacas y débiles que, por hurtarse a las burlas y a las mofas de los demás, abandonan el bien y se entregan a una mala

vida. De esto se lamentaba San Agustín, convertido ya al Señor, cuando declaraba que en la época en que frecuentaba la compañía de tales ministros de Satanás se avergonzaba de no ser perverso y desvergonzado como ellos.

¡Cuántos, por no ser tildados de beatos, por no oír que les llaman santurrones, o que les piden de reliquia algún trozo de su vestido, o que les dicen que ya podían ir al desierto o al convento, cuántos, digo, por no oír semejantes lindezas de sus amigos libertinos, se dan a imitarlos y caen en la esclavitud del respeto humano! ¡Cuántos también, al recibir alguna injuria, toman la venganza por su mano, no tanto a impulsos de la cólera cuanto por el respeto humano de que no les tachen de tímidos! ¡Cuántos, después de haber proferido una máxima escandalosa, no se desdicen, como es su obligación, y ello para no perder el concepto que se figuran tendrán ante los demás! ¡Cuántos, por temor de perder el favor de algún amigo, venden el alma al demonio, como hizo Pilatos, quien por temor de perder la gracia de César condenó a muerte a Jesucristo!

II. MOTIVO SEGUNDO: NECESIDAD QUE TIENE EL CRISTIANO DE SUFRIR CONFUSIONES Y PERSECUCIONES PARA SALVARSE: 1º. *Si el cristiano no soporta estas confusiones, cae en un abismo de pecados.*— Estadme atentos, hermanos míos. Si nos queremos salvar, tenemos que vencer los respetos humanos y tolerar aquella confusioncilla que nos pueden acarrear los enemigos de la cruz de Jesucristo: *Hay una vergüenza que conduce al pecado y una vergüenza que es honor y gracia* (Ecli 4,21). Esta vergüenza, si no tenemos valor para sufrirla, nos conducirá al precipicio del pecado; pero, si la sufrimos por Dios, nos merecerá las divinas bendiciones y una gran gloria en el cielo. San Gregorio decía: “La vergüenza es laudable en el mal y reprendible en el bien”.

2º. *La persecución es inevitable; los malos quieren que todos se les asemejen.*— Mas tal vez digas: “¿Por qué yo, que no me ocupo de los demás, y que tan sólo me preocupo de la salvación de mi alma, por qué habré de ser perseguido?”. A ello te respondo: No hay remedio; no es posible que se sirva a Dios y no se sea perseguido: *Abominación (es) del pecador el recto en su camino* (Prv 29,27). Quienes viven mal no pueden ver a quienes viven bien, porque su vida es

continuo reproche de sus perversas costumbres, y por eso dicen: *Acechemos al justo, porque nos es enojoso y se opone a nuestros hechos, y nos reprocha las transgresiones de la ley* (Sab 2).

El soberbio, que no puede recibir la más mínima afrenta sin pensar instantáneamente en la venganza, quisiera que nadie tampoco dejara impune hasta el más ligerillo insulto. El avaro, con sus injustas ganancias, quisiera que todos acudieran a los mismos procedimientos para enriquecerse. El borracho quisiera que todos se emborrachasen como él. El deshonesto, que se gloría de sus torpezas y no sabe tener conversación limpia, quisiera que todos obrasen y hablasen como él habla y piensa. Y al que no obra de este modo llámanle hombre sin dignidad, sin honor y sin crianza. *Ellos del mundo son: por eso hablan inspirados por el mundo* (Jn 4,5). Los mundanos no tienen más lenguaje que el del mundo ¡Pobres ciegos! Cególos el pecado, y por eso hablan así. *Eso pensaron, y se engañaron, porque los cegó su malicia* (Sab 2,21).

3º. *El cristiano debe imitar los ejemplos de Jesucristo y de los santos.*— Pero repito: no puede el cristiano vivir en la tierra unido con Jesucristo, sin que sea presa de las persecuciones del mundo, porque, como decía San Pablo, *los que*

quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos (2 Tim 3,12). Todos los santos fueron perseguidos. Tú dices que no hiciste mal a nadie; “¿por qué, pues, no me dejan tranquilo?”. Los santos, y particularmente los mártires, ¿a quién hicieron mal? Rebosaban caridad, amaban a todos, únicamente les preocupaba sembrar el bien, y ya veis cómo los trató el mundo, que los torturó con uñas de hierro abrasó con láminas encendidas, hasta que expiraron en medio de las más terribles torturas. Y Jesucristo, que fue el Santo de los santos, ¿qué mal hizo a nadie? Al contrario, a todos consolaba y a todos sanaba; porque *salía de él una virtud que sanaba a todos* (Lc 6,19); y ¿cómo lo trató el mundo? Persiguiéndolo hasta hacerle morir de puro dolor en el patíbulo infame de la cruz.

III. MOTIVO TERCERO: LA ELECCIÓN QUE DEBE HACER EL CRISTIANO ENTRE JESUCRISTO Y EL MUNDO. 1º. *Las máximas del mundo son opuestas a las de Jesucristo.*— Esto acontece porque las máximas del mundo son opuestas a las de Jesucristo. Lo que el mundo aprecia es locura para Jesucristo: *La sabiduría de este mundo necesidad es a los ojos de Dios* (1 Cor 3,19). Por el contrario, el mundo llama locura lo que aprecia

Jesucristo, es decir, las cruces, las enfermedades, los desprecios y las ignominias: *La palabra de la cruz, para los que perecen es una insensatez*. ¿Cómo puede ser que se conceptúe cristiano quien se avergüenza de serlo?”. Si somos cristianos, mostrémonos tales de nombre y de hecho; pues si nos avergonzamos de Jesucristo, Él nos advierte que se avergonzará justamente de nosotros y en el día del juicio final no nos podrá tener a su derecha: *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre cuando viniere en su gloria* (Lc 9,26). Entonces dirá: “Te avergonzaste de mí en la tierra, ahora yo me avergüenzo de tenerte conmigo en el cielo; vete, maldito, vete al infierno a hallar a tus compañeros que se avergonzaron de mí”. Nótense las palabras antes citadas: *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras*. San Agustín decía: “Hay quienes se avergüenzan de negar a Cristo y no se avergüenzan de negar sus máximas”. “Si digo que tales o cuales cosas no se pueden hacer en conciencia, según dice el Evangelio, se reirán de mí mis amigos y me tacharán de beato”. Pues ¿qué?, responderé a este cristiano, con palabras de San Crisóstomo, “¿noquieres la sonrisilla de un compañero y prefieres el odio de Dios?”.

2º. El cristiano debe hollar el mundo bajo sus plantas para no ser su esclavo.- El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Gal 6, 14), decía el Apóstol gloriándose de ir en pos de Jesucristo, que es como si dijera: como un crucificado soy para el mundo objeto de escarnio y de todos los malos tratos, pero también el mundo es para mí objeto de desprecio y de abominación. Comprendamos bien esta verdad: tenemos que hollar el mundo bajo nuestras plantas; de otro modo, el mundo es quien nos tendrá bajo las suyas. Pero ¿qué es el mundo y todos sus bienes? *Todo lo que hay en el mundo* (San Juan lo reduce a) *concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y jactancia de los bienes terrenos* (1Jn 2,16). Y todos los bienes de este mundo, ¿a qué se reducen? A un poco de barro, que eso son las riquezas; a un poco de vanidad, que eso son los honores, y a un poco de podredumbre, que eso son las satisfacciones carnales. *Pues ¿qué provecho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?* (Mt 16,26).

3º. Debe hacerse violencia a ejemplo de los santos.- Quien ama a Dios y se quiere salvar ha de despreciar el mundo y todas las riquezas humanas. En esto todos nos tenemos que hacer violencia. Santa María Magdalena tuvo que vio-

lentarse extraordinariamente para vencer el respeto humano, las murmuraciones y las burlas del mundo cuando en medio de un banquete y en presencia de todos los comensales fue a postrar-se a los pies de Jesucristo, se los lavó con sus lágrimas y se los secó con sus cabellos; pero tam-bién se santificó y mereció que el Señor la per-donase y alabara su extraordinario amor: *Le son perdonados sus muchos pecados porque amó mucho* (Lc 7,47). Llevando un día San Francisco de Borga bajo su manto un puchero de caldo a los presos, se encontró de pronto con su hijo, que cabalgaba en brioso corcel y acompañado de lucida escolta; sintió el santo cierto rubor de que le vieran lo que ocultaba; mas para vencer ese respeto humano, ¿qué hizo al pronto? Sacó el puchero de debajo del manto, se lo puso sobre la cabeza, y así se burló del mundo. Cuando Jesucristo, nuestro Jefe y Maestro pendía de la cruz, los soldados se mofaban de él, diciendo *Si es que eres Hijo de Dios, baja de la cruz* (Mt 27,40). También los sacerdotes se burlaban diciendo: *A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse* (Mt 27,42). Pero él no bajó de la cruz y expiró, venciendo así al mundo.

“Doy gracias a mi Dios, decía San Grego-rio, por haber merecido el odio del mundo”.

Agradecía a Dios el haberle hecho digno de los desprecios de los hombres; y, en realidad, Jesucristo, para dar a entender en lo que consiste la verdadera felicidad, dijo a sus discípulos: *Bienaventurados sois cuando os aborrecieren los hombres* (Lc 6,22). Cristianos míos, consolémonos; si los mundanos nos maldicen y vituperan, Dios al mismo tiempo nos alaba y bendice: *Maldigan ellos, pero tú bendíceme*. Y ¿no nos basta con que nos apruebe Dios y con él la Reina de los cielos, todos los ángeles, todos los santos y todos los hombres de bien? Dejemos, pues, que los mundanos digan lo que les plazca, y nosotros continuemos agradando a Dios. En el cielo Dios nos recompensará con tanta mayor munificencia cuanta mayor violencia nos hayamos impuesto para despreciar las contradicciones de los hombres. Figúrese cada cual que en la tierra no hay más que Dios y él. Cuando la perversidad nos desprecie, roguemos por ellos, porque son unos pobres ciegos que se pierden miserablemente; nosotros, en cambio, agradezcamos al Señor por darnos las luces que a ellos niega y sigamos nuestro camino. Hay que vencerlo todo para ganarlo todo.

7. Cómo triunfar del respeto humano

I. TOMANDO LA FIRME RESOLUCIÓN DE PREFERIR LA DIVINA GRACIA A TODOS LOS BIENES Y SUFRIR CON ALEGRÍA POR JESUCRISTO, A EJEMPLO DE LOS SANTOS.– Para triunfar del respeto humano se impone que de una vez tomemos la firme resolución de preferir la gracia de Dios a todos los bienes y favores del mundo, diciendo con San Pablo: *Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados..., ni otra alguna criatura será capaz de apartarnos del amor de Dios* (Rm 8,38-39). Nos exhorta Jesucristo a que no temamos a los que pueden quitarnos la vida del cuerpo, sino tan sólo al que puede condenarnos al infierno, donde se pierden alma y cuerpo: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no la pueden matar; antes temed al que puede arruinar alma y cuerpo en la gehena* (Mt 10,28). ¿A quién queremos seguir, a Dios o al mundo? Si al primero, tenemos que dejar al segundo: *¿Hasta cuándo andaréis cojeando con dos muletas?*, preguntaba Elías al pueblo judío. *Si Yahveh es el verdadero Dios, seguidle; y si Baal, id tras él* (3 Reg 18,21). No se puede servir a entrabmos. Quien quiera agradar a los hombres no puede agradar a Dios, decía el Apóstol *Si todavía tratase de*

complacer a hombres, no sería siervo de Cristo (Gal 1,10).

Los verdaderos siervos de Jesucristo, cuando se ven despreciados y maltratados por amor a él, lo reputan a grande honor: *Ellos*, dice San Lucas, *se iban de la pesencia del sanedrín gozosos por haber sido hallados dignos de ser afrontados por causa de tal nombre* (Hech 5,41). Moisés podía haberse librado de la ira del Faraón con sólo haberse dejado pasar por hijo de la hija del rey, pero rehusó tal filiación y prefirió la aflicción de sus hermanos hebreos, *reputando*, dice San Pablo, *por riqueza mayor el oprobio de Cristo que no los tesoros de Egipto* (Heb 11,25-29)

II.- RESPONDIENDO CON FIRMEZA A LAS FALSAS RAZONES QUE ALEGAN LOS MALOS Y REPRENDIÉNDOLOS VALIENTEMENTE.– ¿Que van a llegar los malos amigos y te dirán: “Todo eso no es más que exageración? ¿Por qué no vivir como todos viven?”. Respóndoles: Sin embargo, no todos obran así. Hay otros que viven santamente. ¿Que son pocos? Pues a estos pocos quiero seguir yo, porque el Evangelio dice: *Muchos son llamados, mas pocos elegidos* (Mt 20,16). “Si te quieres salvar con los pocos, decía San Juan Clímaco, vive también como los

pocos". Pero ¿no ves la de murmuraciones y burlas que suscita tu cambio de vida? Responde: "Bástame con que no me critique Dios. Decidme, ¿qué vale más, obedecer a Dios u obedecer a los hombres?". San Pedro y San Juan respondieron a los sacerdotes judíos: *Si es razón delante de Dios escucharos a vosotros antes que a Dios, juzgadle vosotros mismos* (Hech 4,19). Pero ¿cómo soportaré este insulto tan grande? ¡Si apenas puedo aparecer en público! Responde: "Soy cristiano y me basta poder presentarme ante Dios sin rubor". Así hay que responder a estos satélites de Satanás, despreciando todas sus máximas y recriminaciones. Cuando sea necesario reprender a los que no hacen caso de Dios, hay que armarse de valor y corregir públicamente: *A los que pecaren repréndeles en presencia de todos, para que también los demás cobren temor* (1 Tim 3,20). Cuando se trata del honor de Dios, no nos detenga la cualidad del culpable, sino digámosle abiertamente: "Esto es pecado y no se puede hacer", como hizo el Bautista con el rey Herodes, que vivía desordenadamente con la mujer de su hermano: *No te es lícito tenerla*. Ciento que los mundanos nos tacharán de locos y se burlarán de nosotros, pero en el día del juicio confesarán que ellos fueron los locos y nosotros ten-

dremos la gloria de ser numerados entre los santos y entre los hijos de Dios. *Ese era* (dirán) *el que en otro tiempo tuvimos como objeto de irri- sión y como prototipo de abyección; Necios de nosotros, calificamos su vida de locura y de igno- minia su remate: ¿cómo fue contado entre los hijos de Dios y entre los santos se halla su heren- cia?*" (Sab 5,3).

8. Cuán necesario es combatir las pasiones

I. CAUSA DE ESTA LUCHA INTESTINA Y POSIBILIDAD DE VENCER. – *Mira, sólo esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, mas ellos han buscado muchas artimañas* (Eccl 7,30). Dios, pues, creó al hombre recto, es decir, justo en cuanto al alma; pero él, prestando oído a la serpiente, se expuso a la lucha y quedó vencido por ella. Vuelto el hombre contra Dios, las pasiones se rebelaron contra él, y así comenzó la guerra continua que existe entre la carne y el espíritu, de la que dice San Pablo: *La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne* (Gal 5,17). A pesar de todo, puede muy bien el hombre, con la ayuda de Dios, resistir y no dejarse dominar de las pasiones; más aún, puede domi-

narlas y sojuzgarlas a la razón, como el Señor dijo a Caín: *Si mal obras, ¿no acechará a la puerta el pecado, que hacia ti tenderá, aun cuando podrás dominarlo?* (Gen 4,7). Por grandes que sean los insultos de la carne y del demonio para apartarnos de Dios, la palabra de Jesucristo permanece verdadera: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17,21). Dentro de nosotros constituyó él un reino, donde la voluntad es reina que debe dominar sobre todos los sentidos y las pasiones. Y ¿puede el hombre ambicionar más preciosa ventaja y más honor que el de dominar sobre sus pasiones?

II. VENTAJAS DE LA VICTORIA: LA LUCHA VICTORIOSA CONTRA LAS PASIONES ES PARTE ESENCIAL DE LA VIDA ESPIRITUAL.– En esto consiste la mortificación interior, tan recomendada por los maestros de la vida espiritual: en dirigir los movimientos del alma; y en esto estriba también la salud del alma. Lo que constituye la salud del cuerpo es equilibrio de los humores, tanto que, roto tal equilibrio, se corre peligro de muerte. La salud del alma consiste también en la sujeción de las pasiones a la razón, y si una pasión domina a la razón, ésta, reducida así el

alma a la esclavitud, sobre vendrá el golpe mortal.

III. DESVENTAJAS DE LA DERROTA. ESTA DERROTA PRODUCE: 1º. *La hipocresía de la vida.*— Muchos se dedican con afán al cultivo del exterior, a parecer modestos, recogidos, y a vuelta de eso conservan en su interior sentimientos contrarios a la justicia, a la caridad, a la humildad o a la castidad. Su castigo será el de los escribas y fariseos, que se limitaban a purificar el exterior, y dentro de sí mismos estaban plagados de pensamientos de injusticia y de impureza: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque limpiáis lo exterior de la copa y del plato, y dentro están rebosando rapiña e incontinencia* (Mt 23,25). Dice el Profeta Rey que toda la gloria del alma, verdadera hija de Dios, está en el interior de la buena voluntad. “¿Para qué, pregunta San Jerónimo, extenuarse con ayunos e hincharse de soberbia? ¿Para qué renunciar al vino y embriagarse de odio? Éstos no se despojan de sus vicios, sino que los cubren con el manto lde la devoción.

2º *El reino del pecado.*— Es, pues, necesario que el hombre se despoje de todas las malvadas pasiones, que de lo contrario, en vez de ser él el

rey de sus afectos, se convertirá en su esclavo, reinando en él los pecados, contra lo que nos exhorta el Apóstol: *No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de suerte que obedezcáis a sus concupiscencias* (Rm 6,12). El hombre es tan sólo rey de sí mismo, dice Santo Tomás, cuando rige con la razón el cuerpo y sus afectos carnales. Mas cuando sirve a sus vicios, añade San Jerónimo, cae el cetro de sus manos, pierde el honor y se constituye esclavo del pecado, según aquello de San Juan: *Todo el que obra el pecado, esclavo es del pecado* (Jn 8,34).

3º. *En el cristiano, una vida animal.*— Aconséjanos Santiago que tratemos a nuestro cuerpo y a sus apetitos como tratamos a los caballos, a quienes tenemos que frenar para que no se adueñen de nosotros: *Si a los caballos les ponemos el freno en la boca para que nos obedezcan, así manejamos todo su cuerpo* (Sant 3,3). Por esto, cuando sintamos en nosotros los movimientos de la pasión, es preciso tirar del freno de la razón, pues si aflojamos el freno para contentar a la pasión, nos convertiremos en otras tantas bestias feroces que no tienen por guía la razón, sino la brutalidad de sus instintos: *Que el hombre en opulencia no perdura, se asemeja a las bestias, que perecen* (Sal 48,13). “Que el animal quede

animal, pase, dice San Juan Crisóstomo; pero qué miserable es descender al rango de animal!”. En efecto, añade el santo, carecer de razón por naturaleza propia no es cosa que desdiga; pero nacer hombre dotado de razón y vivir luego como una bestia, obedeciendo a los instintos de la carne sin preocuparse de la razón, es algo intolerable, porque es obrar peor que las bestias. ¿Qué diríais si vieraís a un hombre que por gusto viviera en una cuadra con los caballos, comiendo como ellos hierba y cebada y durmiendo como ellos sobre la paja? Peor aún obra a los ojos de Dios el que se deja dominar por la pasión.

4º. *Una vida pagana con sus tristes consecuencias*.— Así viven los gentiles, que, con la mente cegada por las tinieblas, no distinguen el bien ni el mal y van donde los sentidos los impulsan: *No andéis ya, exhortaba San Pablo, como andan los gentiles, en la vanidad de su mente, que tienen entenebrecido el entendimiento* (Ef 4,17-18), y por eso, enfangados en sus pasiones, sobre todo en la avaricia y la impureza, no obedecían ya a más ley, como prosigue San Pablo: *Los cuales, perdida toda sensibilidad: moral, se entregaron a la disolución para obrar toda impureza* (Ibid. 19). En tan miserable estado caen los cristianos que, despreciando la razón y a Dios, si-

guen los dictados de la pasión. Dios, en pena de sus pecados, los abandona, como abandonó a los gentiles en manos de sus deseos: *Por lo cual los entregó Dios en manos de las concupiscencias de sus corazones* (Rm 1,24), que es el mayor de los castigos.

CONCLUSIÓN: *Hay que combatir las pasiones y hay que triunfar de ellas, pues es el combate más necesario y la mayor victoria.*— Escribe San Agustín que hay dos ciudades que pueden edificar en nosotros: una, el amor a Dios, otra, el amor propio. “La ciudad celestial se levanta por el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo; y la ciudad terrestre se levanta por el amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios”. De aquí que, si el amor de Dios reina en nosotros, nos despreciaremos a nosotros mismos, y si reina el amor propio, despreciaremos a Dios. Triunfar de nosotros mismos: he aquí la excelsa victoria que nos valdrá la corona de la bienaventuranza eterna. Esta era la gran máxima que San Francisco Javier no cesaba de encomendar a sus discípulos: “Véncete a ti mismo, véncete a ti *mismo*”. Todos los pensamientos y sentidos del hombre, dice la Escritura; están inclinados al mal desde la adolescencia: *Las inclinaciones del cora-*

zón humano son malas desde su mocedad (Gen 8,21). Por eso es necesario que durante toda la vida nos preocupemos de combatir y vencer las malas inclinaciones que nacen a la continua en nosotros, como nacen las malas hierbas en los huertos.

Quizás haya quien diga: Pero ¿cómo me podré librar yo de las malas pasiones e impedir que renazcan en mí? Respóndete por mí San Gregorio: “Una cosa es mirar a estas bestias en el campo y otra tenerlas dentro del corazón; cuando se hallan fuera de nosotros, no pueden dañarnos; mas no bien les damos cabida en el corazón, acaban por devorarnos.

9. Cuáles son las pasiones que hay que combatir

I. EL AMOR PROPIO: 1º. *Es la fuente de todos los males y nuestro mayor enemigo.*— Del amor propio proceden todas las pasiones. Este es el principal enemigo que nos combate y a éste tenemos que vencer con la abnegación propia, como enseña Jesucristo a quienes le quieren seguir: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* (Mt 16,24).

2º. Hay que vencerlo por el renunciamiento de nosotros mismos.— Tomás de Kempis escribe: “No entrará en ti el amor de Dios sino cuando salga de ti el amor propio”. En otras palabras: Si no arrojas de ti el amor propio, no entrará en ti el amor de Dios. Santa Ángela de Foligno tenía al amor propio por mayor enemigo que al mismo demonio, porque decía que el amor propio, para hacernos caer, tiene más fuerza que el demonio. Lo mismo decía Santa María Magdalena de Pazzi, como se lee en su vida: “El mayor traidor nuestro es el amor propio, quien, como Judas, nos traiciona al besarnos; quien lo vence, véncelo todo; quien no lo vence, está perdido”. Y añadía la santa: “si no lo puedes matar de un golpe, envenénalo”.

Este maldito enemigo, como decía San Francisco de Sales, no muere en nosotros sino luego de nuestra muerte; por eso, al menos procuremos debilitarlo cuanto podamos, porque, si se fortalece, acabará por matarnos.

3º. En esta lucha hay que vencer o morir.— Decía San Basilio que el amor propio da por paga a quienes lo siguen la muerte. El amor propio no busca lo justo y honesto, sino sólo lo que agrada a los sentidos; por eso dijo Jesucristo: *Quien ama su vida* (es decir, los sentidos o la

propia voluntad), *la pierde* (Jn 12,25). Por tanto, quien se ama verdaderamente y quiere salvarse debe rehusar a los sentidos cuanto está vedado por Dios; de otra manera perderá a Dios y se perderá a sí mismo.

II. LAS DOS PRINCIPALES PASIONES:

1º. *Ejercen el mayor imperio sobre nosotros.*— Las dos principales pasiones que ejercen principal dominio sobre nosotros son el apetito concupis-
cible y el irascible, es decir, el amor y el odio.

2º. *Arrastran en pos de sí a las demás pasiones.*— He dicho *las dos principales*, porque en pos de sí, cuando son malas, va el cortejo de las demás pasiones malas. La concupiscible arrastra en pos la audacia, la ambición, la gula, la avaricia y el escándalo. La irascible tiene por compañeras la venganza, la injusticia, la maledicencia, la envidia.

3º. *Hay que combatir todas estas pasiones una en pos de otra.*— Aconseja San Agustín que en la guerra que sostengamos con las pasiones no hemos de pretender derrotarlas todas a una, sino que tenemos que pisotear a la que hemos echado por tierra, para que ya no tenga fuerza para combatirnos, y, hecho esto, habemos de proceder a abatir a la pasión que se nos resista.

III. LA PASIÓN DOMINANTE: 1º. *Su carácter: todo depende de la victoria sobre esta pasión.*— Sobre todo debemos examinar cuál es nuestra pasión dominante. Quien a ésta vence, todo lo ha vencido, y quien se deja vencer de ella está perdido. Mandó Dios a Saúl que exterminara a todos los amalecitas, con todas sus bestias y riquezas. Saúl destruyó lo más ordinario y perdonó la vida a Agag, conservando los objetos más preciosos: *Pero Saúl y el pueblo se compadecieron de Agag... y de todo lo bueno... En cambio exterminaron todas las cosas viles y de poca estimación* (1 Sam 15,9). Así obraron luego los escribas y fariseos, a quienes dijo el Señor: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque pagáis el diezmo de la menta, del comino, y dejasteis a un lado las cosas más graves de la ley: el justo juicio, la misericordia y la buena fe!* (Mt 23,23). Se preocupaban de pagar el décimo de las cosas más ordinarias y descuidaban las principales de la ley, como la justicia, la caridad con el prójimo y la fe en Dios. Así hacen algunos, que se abstienen de ciertos defectos de menor cuantía y se dejan vencer de la pasión dominante. Con todo, si no sacrifican completamente ésta, jamás llegarán a puerto de salvación. El rey de Siria ordenó a sus capitanes que procuraran solamente la muerte del

rey, sin preocuparse de nada más: *No combatáis ni a chico ni a grande, sino sólo al rey de Israel* (2 Par 18,30). Fieles a esta orden, mataron a Acab y alcanzaron victoria.

2º. Efectos funestos de la pasión dominante: hace moralmente imposible la salvación, ciega a su víctima y la precipita en todos los excesos.— Si no matamos al rey, es decir, a la pasión dominante, es imposible que nos salvemos. Cuando la pasión domina al hombre, comienza por cegarle, de modo que ya no pueda ver el precipicio. ¿Cómo evitará la caída en el precipicio el ciego que va guiado por otro ciego, como es la pasión que no se dirige por la razón, sino tan sólo por los sentidos y por el placer? *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoyo* (Mt 15,14). Nótese, dice San Gregorio, la táctica del demonio, que explota sobre todo la pasión dominante y lanza así tantas almas a horribles excesos.

Ejemplos y explicación.— Llevado por su pasión de reinar, llegó Herodes a la matanza de tanto niño inocente.— Enrique VIII, llevado por el afecto a una mujer, causó infinidad de males espirituales, quitó la vida a muchas dignísimas personas y, finalmente, perdió la fe.

Nada de extraño, porque, cuando reina la pasión dominante, no sabe uno lo que hace, ni